

## La masacre de Mulchén

MARINA RUBILAR MONTECINOS

Llovía el 6 de octubre de 1973, cuando llegaron dos carabineros de Mulchén a la casa para detener a mi padre, José Lorenzo Rubilar Gutiérrez. Él trabajaba para la Conaf [Corporación Nacional Forestal] en el fundo Carmen Maitenes, donde vivíamos, talando árboles, podando y haciendo caminos en las cercanías. En esa época, el lugar era administrado por esa institución.

Nuestra casa estaba como en un valle y arriba de una loma se veía que en el camino había un grupo de gente montada a caballo y con vestimenta militar. Entre ellos había carabineros, militares y también civiles con uniforme. Dos carabineros bajaron. Era la hora de almuerzo, mi papá estaba junto al fogón y estábamos con mi mamá, mi hermana mayor, mis dos hermanos chicos y yo, que tenía cuatro años. Los carabineros le dijeron al papá “acompañenos al camino, le vamos a hacer algunas preguntas y luego lo dejaremos en libertad”. Él usaba botas de goma para el agua y en ese momento estaba descalzo, con calcetines y les pidió que esperaran para ponérselas. Se quisieron llevar la radio chiquitita que teníamos, del porte de una cajetilla de cigarrillos, y mami les dijo que era lo único que teníamos para informarnos y se la devolvieron. La detención no fue violenta.

Allanaron la casa para ver si había armamento supongo; naturalmente, no encontraron nada. Mi padre ni siquiera era dirigente, solo formaba

parte de la organización de un sindicato. Era tranquilo, muy apegado a su familia y dedicado exclusivamente a nosotros, no era de tener amigos ni de ser muy sociable. Le gustaba hacer muebles y trabajar con madera. Fabricaba herramientas igual que mi abuelito, que era herrero, y había llegado al fundo en 1938.

Apenas nos habíamos enterado del golpe del 11 de septiembre. Las casas estaban distantes unas de otras, eran de campo, no había televisión. El único comentario que le hizo mi padre a mi madre fue «aquí va a quedar la embarrada» y siguió trabajando normalmente.

## **Velas en una fosa**

Mi mamá estaba muy nerviosa cuando se llevaron al papá. Al verla y vivir esta situación, todos nos pusimos a llorar. Los carabineros le comentaron que éramos bastante humildes, pero que ahora la situación se nos iba a arreglar.

Como pasaron dos, tres horas y mi papá no volvía, mi mamá se puso a llorar. Seguía lloviendo y me dijo que la acompañara a llevarle ropa para el agua, esa amarilla. Fuimos hasta la casa de mi abuelo, que quedaba como a 500 metros, en dirección a la administración. No nos dejaron pasar.

Después supimos que antes de mi papá, se habían llevado a dos tíos, Florencio (24) y Liborio (28), hermanos suyos, que estaban cazando conejos. La zona está junto al río Renaico, como a 50 kilómetros de Mulchén y a 70 de Collipulli hacia la cordillera, con caminos que eran de tierra y se podía pasar solo en carreta con bueyes y a caballo.

Por chicos que fuéramos, con mis hermanos nos dimos cuenta que algo había pasado. Veíamos cómo nuestra familia lloraba, todos en un profundo dolor, y el papá no llegaba como todos los días después del trabajo, ni a almorzar ni durante la tarde. El sector estuvo custodiado constantemente durante como una semana y luego se fueron. Ahí salieron libres algunos de los detenidos.

Las familias cercanas a las casas de la administración nos dijeron que el día de la detención de mi papá y los tíos escucharon ráfagas de metralletas. Entonces empezamos a buscarlos. Después supimos por algunos de los liberados, de 13 y 15 años, que habían sido torturados. Nos enteramos que a los detenidos los obligaron a pegarse entre ellos, los

golpeaban y al encargado del sindicato, Guillermo Albornoz, lo tuvieron colgado de los pies boca abajo en una leñera y lo arrastraron con un tractor. Lo ejecutaron en un puente colgante cuando estaba en muy malas condiciones. También supimos que hubo colaboradores civiles, dueños de fundo, madereros, entre otros que vestían ropa militar.

Los detenidos fueron torturados todo el día y en la madrugada asesinados. En total hubo 18 víctimas en la zona, los de Carmen Maitenes, algunos de El Morro, que tomaron detenidos un día antes, y otros de Pemehué, que detuvieron al día siguiente. Yo no la vi, pero supe que los que soltaron dijeron que había una lista con nombres de los que mataron. Los sacaron como a 500 metros a orillas del bosque y los hicieron cavar una fosa. En el lugar hay helechos con hojas inmensas, árboles nativos, robles, raulíes. Después, en la reconstitución de escena, ya en democracia, ellos reconocieron que los pusieron vivos dentro de la fosa, en posición fetal y los asesinaron ahí dentro.

Mis abuelos paternos se quedaron sin hijos varones. Durante la búsqueda, mis tías y mi mamá le contaron a toda la familia que encontraron un sector con tierra removida, aunque ya había pasado un mes con lluvias. Sospecharon, metieron un palo y como la tierra estaba suelta, entró con facilidad. Al sacar el palo y olerlo, apareció el olor de cuerpos en descomposición.

Comenzamos entonces a llevar flores al lugar y prender velas. Era un lugar de procesión. Pero fue para peor [le caen lágrimas mientras relata]...

En la Operación Retiro de Televisores de 1979, los militares encontraron este lugar y retiraron los cuerpos. Esto yo lo supe cuando tenía nueve años, y sentí mucha pena. Cada vez que veía militares en las calles tenía mucho miedo. Y bueno, posteriormente supimos en la reconstitución que ellos reconocieron que los habían quemado en la Escuela de Artillería de Los Ángeles.

## **Perder a la familia**

Mi papá tenía 33 años cuando fue detenido y ejecutado. Además del dolor que nos causaron como familia, quedamos sin el sustento del hogar. Todo lo que sucedió fue horrible: perdí toda la familia, no solo el papá.

Tuve una infancia súper dura. Mi mamá no tenía educación y no había fuente de trabajo. Tuvimos que salir del fundo. Como mi mamá no podía mantenernos, fuimos a dar a la localidad de Santa Julia, y allí me separé de mis hermanos; algunos quedaron con otras familias, otro con mi abuelito y a mí me adoptaron a los cinco años unos conocidos de mi mamá, la señora María Barra y don Nicanor Muñoz. Por mi edad, les empecé a decir mamá y papá, y aunque no tenían mucho, cuando pasaba frío, ella me abrigaba con su ropa, y dieron por mí lo mejor posible.

En la familia Albornoz<sup>1</sup> había un papá con nueve hijos y otro con ocho, y pasó lo mismo que en la mía. Hay una chica que tenía como 14 años cuando se enteró que no era hija de quienes la criaron, sino de un detenido desaparecido.

A los 14 me vine a vivir a Santiago. Quería ser independiente y llegué a trabajar en una casa particular. Entonces empecé a buscar la verdad: yo no entendía en realidad por qué habían asesinado a mi papá. En la Vicaría de la Solidaridad conocí a la abogada Raquel Mejía, que siempre tuvo la causa de mi papá, que en ese momento estaba cerrada. Pero me dijo que si buscaba información, se podía abrir nuevamente. La causa estaba súper poco visibilizada entonces y ella me ha ayudado muchísimo, estoy muy agradecida y siento que se convirtió como en mi mamá.

He luchado por todos, no solo por mi papá y mis tíos. No sé si la gente sigue con miedo o es comodidad. En los alrededores como que no querían que se supiera.

## ¿Querían tierras?

Con el tiempo comprendí que la separación de nosotros como hermanos y de la familia completa, fue deliberada. Era una forma de echarnos del fundo. Esto lo vivimos también con las burlas crueles de las personas que estaban en contra de la reforma agraria —que nos entregó terrenos abandonados que por lo demás nos correspondían por derecho— y que después de los asesinatos nos empezaron a decir “¿No querían tierra? Ahí están, en la tierra...”.

---

1 Seis miembros de la familia Albornoz fueron torturados y asesinados en esta masacre.

Los comentarios crueles siguen hasta hoy, a 50 años del golpe militar.  
Y es la gente que uno saluda.

Durante las reconstituciones de escena pude presenciar la total falta de arrepentimiento de quienes asesinaron a nuestros familiares en la fosa y sacaron los cuerpos. A uno de los que sigan vivos, porque otros ya están muertos, de apodo *Alicate*, le pasaron una ametralladora para que explicara cómo fue. Lo hizo y luego le dijo al ministro (juez) Carlos Aldana “toma, te toca a ti”. Ahí el ministro dijo “no, no es la forma, osea, un poco más de respeto”.

Ellos creen que nunca serán encarcelados. Siguen paseándose por Mulchén como si nada. Uno es taxista, incluso uno es transportista escolar, completamente seguros de su impunidad. Las dos causas se fusionaron, la de secuestro con homicidio, por los asesinatos, y la deretiro de televisores. Mi máxima satisfacción será el día que vea que la Corte Suprema finalmente sancione y estos tipos vayan a la cárcel.

MARINA RUBILAR MONTECINOS, *tiene dos hijos, es técnica en diseño de vestuario y una luchadora por los derechos humanos. Quiere seguir buscando la verdad y la justicia por ella, por su padre, sus tíos y las 18 víctimas de Mulchén.*